

duo de la familia imperial y edecán del emperador, y Muh, miembro del gran consejo y presidente del departamento de la guerra, quienes en el tono más natural y sin el menor embarazo, desautorizaron á Kwei-liang, diciendo de él que era viejo, que no había sabido ajustarse á las intenciones del emperador y había dado lugar á mil dificultades.» Los nuevos plenipotenciarios añadían en las formas más insinuantes: «Puesto que estamos de acuerdo y que todas las cláusulas exigidas por vuestro noble imperio han sido concedidas, ¿á qué llegar hasta Tung-chao? Será para vosotros una gran fatiga la ida y otra no menor la vuelta; además, este movimiento podría sugerir algún recelo y alguna inquietud al ejército y al pueblo. Regresen, pues, Vuestras Excelencias á Tien-tsin y allí trataremos (1).» El barón Gros, fiel á sus recientes resoluciones, replicó que no se negaba á entrar en negociaciones, pero que había de ser en Tung-chao, é igual respuesta dió lord Elgín. A los dos días los expedicionarios reanudaron el viaje internándose cada vez más en la región inexplorada; y aunque ningún hecho directo revelara la próxima reproducción de las hostilidades, ciertos signos desfavorables habrían podido despertar algunas sospechas. Una noche, y á favor de una tempestad, los culíes chinos, alquilados para llevar nuestros equipajes, habían huído casi todos, llevándose los animales de tiro, lo que nos habría puesto en grave aprieto de no haber sido requisados para los transportes los juncos amarrados á orillas del Pei-ho; los habitantes se retiraban antes de que llegáramos á las aldeas, que encontrábamos desiertas; y á la abundancia de Tien-tsin sucedían verdaderas dificultades para los aprovisionamientos. Finalmente, de Pekín llegaron emisarios secretos que anunciaron que en la capital ganaba terreno el partido de la guerra.

El día 13 acamparon los aliados en Yang-tsin, recibiendo los embajadores poco antes de llegar allí un nuevo despacho de los comisionados chinos, en el que éstos desautorizaban nuevamente á Kwei-liang y añadían: «Nosotros, que no nos parecemos á él, no faltaremos á nuestra palabra.» Y después de hablar, como aquél, de paz y de amistad, pedían que el ejército retrocediera á Tien-tsin. El sistema seguía siendo el mismo: alejarnos de Pekín, entretenernos con negociaciones interminables y esperar confiadamente á que llegara el invierno. Una sola frase amenazadora contrastaba con el resto obsequioso del mensaje: «Si Vuestra Excelencia quiere avanzar con su ejército, demostrará con ello que sus intenciones no son pacíficas, de suerte que, en caso de surgir algún conflicto entre vuestras tropas y las guarniciones que hay en los alrededores de Hosihtú, ello sería causa de grandes obstáculos para una próxima inteligencia; y este conflicto no podemos comprometernos á evitarlo (2).»

A este segundo despacho se contestó con una segunda negativa; pero los chinos son sutiles y tenaces. En Hosihtú, un mandarín de alto rango, llamado Lane, visitó á lord Elgín y luego al barón Gros, y poco después llegaron otros tres mandarines con una tercera carta de Tsai y Muh, escrita en el mismo tono humilde de las

(1) Despacho de Tsai, de 10 de septiembre. (Véase *Correspondance* del barón Gros, págs. 74 y 76).

(2) Despacho de Tsai, de 11 de septiembre (*Correspondance* del barón Gros, pág. 78).

anteriores, pero con una amenaza que, repetida dos veces, no dejaba de ser alarmante: «Debemos decirnos que las tropas chinas de guarnición al Norte de Hosihtú no obedecen más que á sus jefes militares y que no tenemos ninguna autoridad sobre ellas... Por esto tememos que se produzca inevitablemente un conflicto entre vuestros soldados y los nuestros, lo que tal vez haría inútil nuestro vivo deseo de restablecer la paz. ¿Y no sería esto lamentable?» Para evitar este incidente «lamentable» ya no insistían los plenipotenciarios en la retirada á Tien-tsin, sino que sometían á sus adversarios un nuevo arreglo consistente en que los aliados, suspendiendo su marcha, se detuvieran á dos etapas de Tung-chao y desde allí enviaran á esta ciudad delegados que conferenciarían con los negociadores chinos, firmándose la paz y no faltando sino ratificarla en Pekín. El mensaje terminaba con toda suerte de tranquilizadoras protestas: «Damos nuestro asentimiento, decían Tsai y su colega, á todos los artículos del convenio... Deseamos ardentemente que después de tantas pruebas de buena voluntad no nos veamos defraudados en nuestro deseo de firmar la paz y nos complacemos en creer que de los mismos deseos se halla animada Vuestra Excelencia (3).» ¿Qué contestar á estas reiteradas insinuaciones? Los aliados, sea por estar cansados ya de sus propias negativas, sea porque desearan llegar pronto á un desenlace, se dejaron convencer poco á poco, y después de nuevas negociaciones, convínose en que los dos pequeños ejércitos europeos dejarían su vivaque de Hosihtú y se detendrían cerca de la antigua ciudad de Tchang kia-uang, ocho kilómetros antes de Tung-chao, y en que los agentes inglés y francés irían á esta última ciudad para preparar el tratado de paz que podría ser firmado (así al menos se creía) por los embajadores y ratificado en Pekín. A esta combinación, aceptada por lord Elgín y el barón Gros, adhirióse, aunque con poca confianza, Montaubán, á quien nada se le había escapado, ni la fuga de los culíes, ni la huída de las poblaciones, ni las alusiones equívocas de las autoridades chinas á esas tropas tártaras que acampaban en las inmediaciones y á las cuales sería imposible contener. Ya en 13 de septiembre había Montaubán enviado á Tien-tsin un mensajero de toda confianza para decir al general Collineau que se le uniera, no con toda su brigada, pero sí con algunas tropas. Estas sospechas eran prueba de talento, pues se acercaba el fin del drama repugnante y terrible á la vez que ha dejado en todos los sobrevivientes de la expedición un recuerdo no borrado todavía.

## V

El 17 de septiembre partieron de Hosihtú para Tung-chao los delegados de los dos embajadores, que eran, por parte de los franceses, el Sr. Bastard, secretario de embajada, acompañado de dos intérpretes, el Sr. de Meritens y el padre Duluc; y por parte de los ingleses, el Sr. Parkes, á quien acompañaban el secretario particular de lord Elgín, el Sr. Loch, y un agregado, el Sr. Norman. A estos emisarios, encargados de las negociaciones diplomáticas, habíanse unido varios oficiales y empleados

(3) Despacho de Tsai, de 13 de septiembre (*Correspondance* del barón Gros, págs. 81 y 82).

administrativos, el coronel inglés Walker, el teniente coronel Foulón-Grandchamps, el capitán Chanoine, el subintendente militar Dubut y los agentes contadores Ader y Gagey, designados los unos á determinar, de acuerdo con las autoridades chinas, el sitio en donde podrían establecerse los campamentos, durante las negociaciones, y encargados los otros de asegurar el aprovisionamiento del ejército, mediante contratos concertados con los indígenas. Formaban también parte del pequeño grupo expedicionario algunas otras personas, entre ellas el Sr. de Escayrac de Lauture, jefe de una misión científica, el teniente inglés Anderson y el señor Bowlby, corresponsal de *Times*. Completaba la caravana una pequeña escolta de 30 soldados, porque, tratándose de chinos, la bandera de parlamento deja siempre algunas dudas y la misma insistencia de nuestros adversarios en habérselas únicamente con negociadores con armas demostraba la necesidad de no estar nunca completamente desarmados.

Los ingleses abandonaron el campamento mucho antes de que amaneciese, y los franceses á las cinco de la madrugada. La distancia entre Hosihtú y Tung-chao es de unas once leguas. Cerca de Tchang-kia-uang, la pequeña caravana británica encontró un cuerpo de caballería tártara, cuyo jefe se adelantó á saludar á los expedicionarios y les felicitó con aparente cordialidad por la paz próxima: «Olvídemos, dijo, que hayamos sido enemigos y seamos amigos en adelante.» Pero el señor de Escayrac, que pasó por el mismo camino un poco más tarde, vió algunos grupos hostiles. Además, al acercarse á Tung-chao, observaron los viajeros que en muchos riachuelos los puentes estaban cortados, lo cual parecía indicar el propósito de una tenaz defensa más que el deseo de entablar negociaciones; sin embargo, no hicieron caso de estos indicios, que posteriormente fueron recordados, pues esperaban de los chinos toda clase de supercherías y de astucias, mas no una emboscada (1).

A las diez y media entraban los ingleses en Tung-chao, y casi inmediatamente fué el Sr. Parkes recibido por el príncipe Tsai, á quien acompañaban dos comisionados adjuntos, Muh y Hang-ki. Parkes, á diferencia de la mayoría de los europeos, conocía á fondo á sus adversarios y en pocas palabras concluyentes y significativas exponía sus malévolas astucias, lo cual constituía á la vez su fuerza y su debilidad: su fuerza, porque se le temía; su debilidad, porque, á fuerza de temerle, los chinos huían de él, nada le confiaban y antes que responderle fingían ser sordos ó no comprender su acento. Parkes pudo distinguir entre los comisionados una cara conocida, la de Hang-ki, á quien había visto en otro tiempo en Cantón. El príncipe Tsai le pareció un personaje de modales del gran mundo, pero de mirada perversa y engañadora; en cuanto á Muh, parecía dulce, casi empalagoso, inteligente como lo son muchos chinos, astuto como lo son todos. El recibimiento fué cortés, pero muy pronto se acaloró la discusión, que versó sobre tres puntos: el movimiento de retirada del ejército que, según los chinos, debía emprenderse en cuanto

(1) Véase el Informe del Sr. Parkes á lord Elgín, de 20 de octubre de 1860 (*Correspondance respecting the affairs in China*, págs. 226 y 227). — Relato del Sr. de Escayrac de Lauture (*Moniteur*, de 31 de diciembre de 1860).

se firmara el tratado; el número de individuos que formarían la escolta encargada de acompañar á Pekín á lord Elgín y al barón Gros; y, por último, la pretensión de los embajadores, que querían ser recibidos en audiencia particular por el emperador y consagrar la igualdad entre el Hijo del Cielo y las potencias de Occidente. Respecto de los dos primeros puntos Tsai se mostraba conciliador; mas acerca del tercero mostró una repugnancia extremada á toda concesión, lo cual hizo que el Sr. Parkes le replicara con viveza y hasta con acritud, al decir de los chinos, quienes, en lo sucesivo, trataron de disculpar con esto su conducta. En este punto se encontraba la discusión cuando se presentó el Sr. Bastard, quien había salido un poco más tarde y llegaba por ende algo retrasado. Tsai le recibió con la cortesía altanera que parecía ser natural en él, reanudó con él la conferencia y al fin cedió. Cuando ya parecía que todos estaban de acuerdo, el Sr. Bastard, fiel á las recomendaciones del barón Gros, que se acordaba de Kwei-liang, preguntó á Tsai: «¿Tenéis plenos poderes para negociar?» El príncipe, al oír esto, aparentó darse por ofendido y dijo varias veces: «Mi lenguaje es sincero y mi palabra vale tanto como la del emperador.» Pero se suavizó muy pronto y entonces se volvió á leer y á discutir el tratado preparado en Tien-tsin, que fué aceptado con todas sus condiciones: los ejércitos aliados se detendrían en Tchang-kia-uang, en posiciones que se determinarían al día siguiente, y después los embajadores irían á Pekín para las ratificaciones. Convenido esto, separáronse los negociadores aparentemente en la mejor armonía. «No pude creer, escribía más adelante el Sr. Parkes, que no fuese sincera la satisfacción expresada por los comisionados chinos cuando les hablé de la paz (2).» Por la noche recibieron los delegados en su alojamiento un despacho de Tsai que confirmaba los resultados de la entrevista y hacía constar nuevamente el acuerdo.

Todo parecía, pues, otra vez terminado; así es que el 18, mucho antes de que amaneciera, el Sr. Parkes, acompañado del Sr. Loch, montó á caballo para reunirse con las tropas inglesas, y poco después salió también de Tung-chao el Sr. de Bastard, en compañía del Sr. de Meritens. Al propio tiempo partieron el coronel inglés Walker y el capitán Chanoine, encargados de señalar, de acuerdo con las autoridades chinas, las posiciones que debían ocupar los aliados. Cuando los expedicionarios llegaron al lugar designado para sus campamentos, ofrecióse á sus ojos un espectáculo inesperado: en los mismos sitios destinados á nuestros vivaques extendíase hasta perderse de vista el ejército tártaro con su caballería y sus cañones en buen orden, como dispuestos para una batalla inminente. Al ver esto, los europeos estupefactos recordaron todos los pequeños incidentes que el día antes debieran haberles puesto sobre aviso. El Sr. Parkes interrogó con ansiedad á los jefes tártaros, pero no obtuvo de ellos más que respuestas evasivas; entonces, sospechando la traición, aunque sin creer todavía en ella, volvióse al Sr. Loch y le dijo: «Avisad á

(2) Informe del Sr. Parkes á lord Elgín, de 20 de octubre de 1860 (*Correspondance respecting the affairs in China*, pág. 228). — Véase también el Informe del Sr. Bastard al barón Gros, de 18 de septiembre de 1860 (*Documents parlementaires*, páginas 247 y 249).



toda prisa al general Grant.» Al mismo tiempo suplicó al coronel Walker que le esperara allí con algunos hombres de la escolta, y luego, reuniéndose con el Sr. de Bastard y el capitán Chanoine, que se habían quedado algo atrás, exhortólos á que marcharan apresuradamente hacia el cuartel general francés. Hecho esto, emprendió á una de caballo el regreso á Tung-chao para hallar la explicación del terrible enigma, arrancar por el miedo á las represalias lo que los ruegos no pudieran conseguir, salvar, á ser posible, á los europeos que se habían quedado en la ciudad, en una palabra, evitar la suprema catástrofe.

Ya en Tung-chao, hubo Parkes de vencer algunas dificultades para llegar hasta los comisionados, quienes se hicieron esperar largo rato como si quisieran substraerse á una explicación embarazosa; y cuando al fin se presentaron, entablóse entre ellos y aquél un diálogo rápido, cortado, en el que se traslucía la cólera de cada una de las partes. Habiendo Parkes protestado contra la violación de los compromisos contraídos el día antes, los plenipotenciarios contestaron: «No somos autoridad militar y no tenemos derecho alguno de fiscalización sobre nuestras tropas.—Pero tenéis plenos poderes para invitar á vuestros generales á que cesen en las hostilidades.—Ciertamente, mas á condición de que la paz sea un hecho.—Ya lo es. ¿Acaso no hemos determinado todos los preliminares?—No, puesto que no se ha resuelto la cuestión de la audiencia imperial.—Pero esta es una cuestión secundaria de la que no pueden depender la paz ó la guerra.—No opinamos lo mismo: no puede haber inteligencia mientras no se haya zanjado esta dificultad. — Siento oír á Vuestra Excelencia expresarse de este modo; pero no tengo instrucciones sobre este particular y no puedo hacer otra cosa que atenerme á lo que disponga lord Elgin (1).» Durante este diálogo había invadido el salón una multitud de mandarines que, asintiendo á las respuestas de su jefe, las sazonaban con toda clase de comentarios irónicos y despreciativos, y cuyas voces iban poco á poco ahogando la del enviado europeo. Este primer ultraje permitía adivinar los que vendrían luego.

El Sr. Parkes, comprendiendo el peligro, apresuróse á despedirse. Con oportuna previsión había avisado á aquellos de sus compatriotas que se habían quedado en la ciudad que se reunieran y estuvieran dispuestos á partir; y en efecto, habíanse reunido á las puertas de la población y desde hacía veinte minutos esperaban ansiosamente. Eran 22, á saber: 18 soldados, dos oficiales y además el Sr. de Normán y el Sr. Bosolby (2). Cuando el Sr. Parkes se hubo juntado con ellos, emprendieron todos al galope la marcha hacia Tchang-kia-uang; por el camino no encontraron ya al coronel Walker, sino al Sr. Loch, á quien el general Grant había enviado junto con el mayor inglés Brabazón para salir al encuentro del intérprete británico. Así llegaron á aquella ciudad y dejándola atrás halláronse en los primeros campamentos enemigos sin haber tenido que vencer ningún obstáculo. Unos minutos más, y se encontrarían fuera

(1) Informe del Sr. Parkes á lord Elgin, de 20 de octubre de 1860 (*Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 229).

(2) Véase el informe del Sr. Loch á lord Elgin, de 9 de octubre de 1860 (*Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 190).

de las líneas chinas; pero en aquel momento interceptó el camino un compacto grupo de jinetes tártaros. Como el número de enemigos no consentía que los ingleses se abrieran paso por la fuerza, el Sr. Parkes enroboló la bandera de parlamento; pero fué en vano, porque inmediatamente se vió rodeado, ultrajado y maltratado, quedando él y sus acompañantes prisioneros del más temible de los enemigos. En el entretanto, los franceses que se habían quedado en Tung-chao después de haberse marchado el capitán Chanoine y el Sr. de Bastard, también se veían asaltados por las turbas y encerrados en las cárceles públicas: estos franceses eran el Sr. de Escayrac de Lauture, quien más adelante había de narrar sus sufrimientos en un relato conmovedor, el intendente militar Dubut, el coronel Foulon-Grandchamps, el padre Duluc, y con ellos algunos soldados cuyas huellas se perdieron desde aquel momento. Sólo habían logrado escapar de la ciudad los oficiales contadores Gagey y Ader y dos soldados. La emboscada se había consumado.

## VI

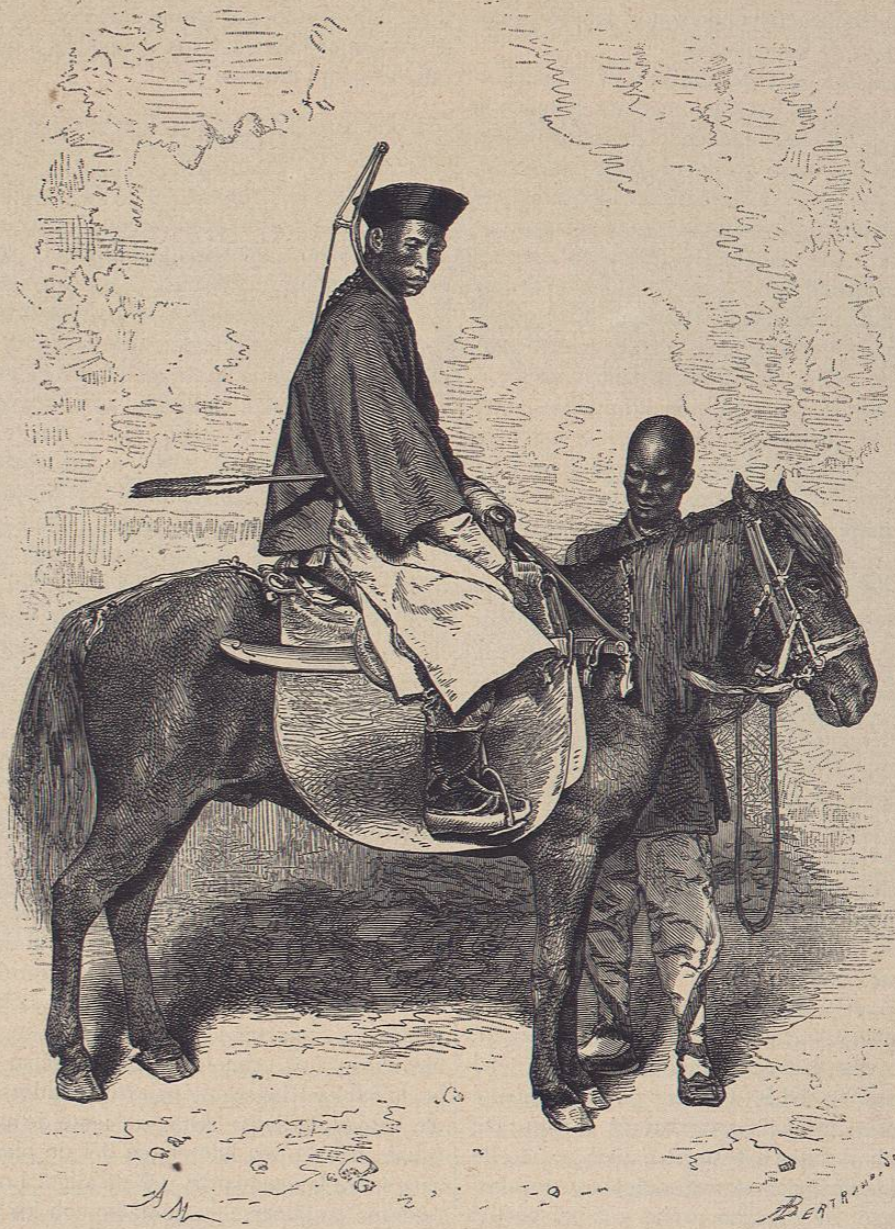
Se había consumado, sí, pero iba á comenzar la expiación.

El 17, algunas horas antes de partir los negociadores, los aliados habían salido de Hosihtú y por la noche habían hecho alto en Matao; al amanecer del 18 prosiguieron la marcha en dirección á los campamentos en donde habían de situarse, según se decía, mientras se firmaba la paz, esperando de un momento á otro ver reaparecer á los mensajeros enviados el día antes á Tung-chao. Iban delante los ingleses con su general sir Hope Grant, y detrás los franceses con el general Montaubán, algo inquieto ya, según se asegura, y refunfuñando á fuer de veterano contra todas aquellas tardanzas. La primera parte de la etapa se recorrió sin incidente; pero á las ocho de la mañana, después de haber andado unos ocho kilómetros, la vanguardia inglesa, al llegar á una planicie rodeada de árboles y sotos, topóse con un numeroso cuerpo de tártaros que precisamente ocupaba las inmediaciones de Tchang-kia-uang, es decir, los lugares en donde, según las negociaciones recientes, habíamos de instalar nuestros vivaques. Los ingleses se detuvieron y replegaron, concentrando los bagajes, y sir Hope, advertido inmediatamente, corrió á avistarse con su colega francés. El peligro no dejaba de ser grande, pues aunque se ignoraba cuáles eran las fuerzas del enemigo, parecían á primera vista considerables. Los aliados, confiados en que estaba casi asegurada la paz, habían escalonado una parte de sus efectivos por la parte de Matao y aun más lejos; además, no conocían el país y todo se prestaba, por ende, para una sorpresa. Pero por encima de todas estas consideraciones surgió de pronto un terrible pensamiento que oprimió todos los corazones: al otro lado de la espesa muralla de las tropas tártaras estaban los diplomáticos y los compañeros de armas que el día antes habían partido para Tung-chao. ¿Qué habría sido de ellos? Ante esta cruel incertidumbre olvidábanse todos los demás peligros.

Mientras se estaba hablando de aquellos á quienes ya se llamaba nuestros rehenes, fueron apareciendo primero el capitán Chanoine que, invocando su cuali-

dad de parlamentario, había logrado no sin trabajo atravesar por entre el ejército tártaro, luego el Sr. de Bastard, tan emocionado que nunca más pudo borrarse de su mente la impresión sufrida, y por último el oficial contador Gagey, el cual disertó extensamente sobre la importancia del ejército enemigo, que, según él, se com-

pacífico que los tártaros ocupen el sitio de nuestros campamentos?» replicáronle con viveza. Ante esta respuesta, fingió sorprenderse, habló de malas inteligencias y prometió que acto seguido iba á ordenar á sus compatriotas que se volvieran atrás; después de lo cual se retiró, habiéndosele dejado marchar libremente, lo



Ejército chino. — Batidor tártaro

ponía de treinta mil hombres por lo menos. A pesar de los signos negativos de Montaubán, que no podía creer en que allí hubiera tan gran contingente, sostuvo que aquella cifra espantosa no distaba de la verdad (1). Al mismo tiempo llegó á las avanzadas inglesas un elevado mandarín chino que, interrogado por el general en jefe británico, respondió con mucho aplomo que venía para disponer el ceremonial de la entrada en Pekín y de la audiencia que el emperador, su soberano, concedería á los embajadores occidentales. «¿Pero es acaso un signo

que era una prueba de generosidad no exenta de mérito.

Ante lo extraordinario de las circunstancias vacilaba aún el ejército inglés cuando á cosa de las diez de la mañana oyóse el galope precipitado de un pelotón de caballería que corría desordenadamente, y en el mismo instante se presentó el coronel Walker con algunos hombres, en su mayor parte heridos. Al instante vióse rodeado é interrogado, y en pocas y entrecortadas palabras refirió lo que sabía de la trágica aventura: que después de haber esperado durante algún tiempo al Sr. Parkes, de quien se había separado cuando éste regresaba á Tung-chao, y temeroso de verse envuelto, habíase abier-

(1) *Journal d'un interprète en Chine*, por el conde Herisson, página 265.



to paso al través del ejército tártaro, que había hecho fuego varias veces sobre él; que no lejos de él había visto á un oficial francés de administración, el Sr. Ader, y á un cazador de á pie que luchaban desesperadamente en medio de un grupo enemigo; y que había tratado de acudir en su auxilio, pero considerándose impotente ante el número de los tártaros, habíase apresurado á reunir su pequeña escolta, habiendo todos debido su salvación sólo al vigor de sus caballos.

Este relato disipaba todas las dudas y ya no era cuestión sino de combatir: la batalla inmediata significaba tal vez la salvación de los rehenes, y de todos modos era la salvación del ejército. Sin pérdida de momento, sir Hope-Grant y el general Montaubán adoptaron sus disposiciones, ajustándolas á los indicios facilitados por el coronel Walker. A la derecha, los franceses, después de haberse apoderado de una pequeña aldea en donde se apoyaba la extrema izquierda enemiga, hicieron retroceder al ejército chino, lo desalojaron de otro pueblo y lo arrojaron sobre la artillería británica, que, calculando sus disparos con precisión admirable, abrió sangrientas brechas al través de aquellas espesas filas. Una carga de la caballería inglesa completó la obra comenzada, y muy pronto los tártaros, desconcertados por lo brusco del ataque, aterrados por los estragos de la artillería é incapaces de aprovecharse de su superioridad numérica, desaparecieron dejando á su paso los muertos y los heridos que se veían obligados á abandonar.

Nuestras pérdidas fueron muy escasas, siendo la más sensible de ellas la de un joven teniente, el señor de Damás, muerto gloriosamente en una carga que dió al frente de algunos spahís. La victoria, al disipar las vivas alarmas experimentadas por la mañana, demostró lo que podían sobre aquellas masas la disciplina, el arrojo y la precisión del tiro, y produjo una impresión de confianza que influyó felizmente en el resto de la campaña. Al extremo de la planicie divisábase Tchang-kiauang, que en los boletines de guerra dió su nombre al rápido y brillante combate (1).

La derrota era el primer castigo de la deslealtad china; pero una punzante inquietud amargaba la satisfacción del triunfo: la suerte que habría cabido á los rehenes. ¿Qué habría sido del Sr. Parkes y de sus compañeros, el Sr. Dubut, el coronel Grandchamps, el padre Duluc, en una palabra, todos los que no habían podido llegar á nuestras líneas? Esperóse, mejor dicho, se quiso esperar que el terror de nuestras armas y la perspectiva de nuevas represalias decidirían al enemigo á entregar las víctimas. El 19, confióse al segundo intérprete inglés, Sr. Wade, la peligrosa misión de partir nuevamente para Tung-chao é intentar un supremo esfuerzo cerca de los comisionados imperiales; la ilusión, sin embargo, duró poco. El Sr. Wade hubo de sufrir varias veces el fuego, afortunadamente poco temible, de los jinetes tártaros, y cuando llegó á Tung-chao, los mandarines, que al pronto no se dejaron ver como habían hecho ya con el Sr. Parkes, le dijeron luego varias veces, con la mayor naturalidad y fingiéndose sorprendidos, que los

(1) *Relation de l'expédition de Chine* redactada en el depósito de la guerra, págs. 128-130. - Parte del general Montaubán (*Moniteur*, 6 de diciembre de 1860). - Véase también *Correspondence respecting the affairs in China*, pág. 176.

Europeos habían salido de Tung-chao mucho antes de la batalla y que no sabían qué había sido de ellos. De modo que aquellos desdichados no estaban en la ciudad: ¿habrían sido entregados á los soldados y asesinados por éstos? Poco después, un chino capturado en un reconocimiento declaró que había visto dirigirse á Pekín una carreta cargada de cautivos europeos, y esta noticia, aun siendo alarmante, infundió cierta esperanza de encontrar todavía vivos á aquellos á quienes se lloraba ya como muertos (2).

## VII

Las reiteradas rupturas de las negociaciones, la mala fe china, la injustificable detención de muchos de los nuestros, todo aconsejaba abandonar el pasado sistema de las contemplaciones: así es que, después de deliberar largamente, generales y embajadores resolvieron de común acuerdo emprender una nueva etapa que seguramente les llevaría hasta los muros de Pekín.

El día 20 de septiembre, un atrevido reconocimiento permitió conocer el estado de los sitios que nos eran absolutamente desconocidos y medir los obstáculos que se alzarían en nuestro camino (3). A seis kilómetros delante de nuestros vivaques estaba Tung-chao, tan tristemente célebre desde entonces, y que distante unos quince ó diez y seis kilómetros de Pekín, hallábase enlazada con esta capital por medio de una ancha calzada de granito, obra grandiosa de las antiguas dinastías. Esta calzada, después de un trayecto de cuatro kilómetros, atraviesa mediante un sólido puente de piedra el canal que va desde el Pei-ho hasta Pekín. Allí había concentrado el enemigo sus medios de defensa: á ambos lados de la carretera habíanse concentrado importantes fuerzas de caballería y de artillería, y detrás de éstas, muchos batallones de infantería defendían la entrada del puente que se llamaba el *puente de Palikiao*, nombre de una aldea próxima al mismo.

Los aliados, animados por la victoria de Tchang-kiauang, no vacilaron, á pesar de su inferioridad numérica, en atacar aquellas posiciones, y el 21 salieron de su vivaque, los franceses al amanecer y los ingleses un poco más tarde. Los primeros debían marchar directamente hacia Palikiao; los segundos, extendiéndose por la izquierda, habían de llegar hasta un puente de madera situado aguas arriba á tres kilómetros del de piedra, pasarlo y caer sobre la retaguardia del enemigo. Los nuestros no tardaron en ponerse en contacto con los primeros centinelas chinos obligándoles á replegarse, y entonces se desplegó delante de ellos toda la caballería tártara formando un inmenso arco de círculo. Varias veces intentaron aquellas masas enormes romper nuestras filas; pero siempre se estrellaron sus esfuerzos contra la serena energía de nuestros infantes que esperaban á pie firme á sus adversarios y luego les acribillaban con sus proyectiles mientras la artillería les cañoneaba de flanco. Después de varios movimientos ofensivos, los enemigos, cansados de perder gente, comenzaron á dar vueltas y al fin desaparecieron, siendo perseguidos en

(2) Véase el despacho de lord Elgin á lord Russell, de 23 de septiembre de 1860 (*Correspondence respecting the affairs in China*, págs. 173 y 174).

(3) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.

su retirada por el fuego de nuestras baterías. Una vez dueños del terreno, la infantería y los cazadores dirigiéronse rápidamente á una aldea situada delante del puente de piedra y se lanzaron luego hacia el puente mismo, que era el verdadero objetivo del combate y en el cual los chinos habían acumulado, como hemos dicho, su mejor infantería. En medio de los soldados tártaros se veían algunos personajes ilustres, ricamente vestidos, que agitaban banderas bordadas en oro, como

hubiese producido tan sólo un movimiento de pánico, ó si al choque de los escuadrones tártaros un solo pelotón de infantería hubiese cedido dejando romper sus filas, aquella brecha habría disgregado el resto de las fuerzas, y el pequeño ejército, separado en grupos impotentes, se habría visto irremisiblemente perdido. Lo que aseguró el triunfo fué, aparte del espíritu de disciplina y de la solidez de la infantería, la superioridad de nuestro armamento: los testigos de aquella guerra re-



Batalla de Palikiao

para reunir en torno suyo á sus contingentes indecisos, y que en tres ó cuatro ocasiones, dando pruebas de un valor digno de mejor suerte y sin preocuparse de que sus trajes suntuosos constituían blancos seguros, avanzaron por el puente procurando mantener ó restablecer la disciplina de los batallones que flaqueaban. Vióseles caer uno tras otro, oprimiendo todavía entre sus brazos sus vistosos estandartes, mientras sus tropas vacilantes y en parte ya desbandadas retrocedían mucho más allá del canal, se diseminaban y huían en dirección á Pekín (1).

A eso del mediodía y antes de que los ingleses hubiesen terminado su movimiento envolvente, habíase decidido la victoria, que había resultado fácil, á juzgar sólo por la cifra de las pérdidas que, por nuestra parte, no habían pasado de una veintena de muertos ó heridos (2), pero que no por esto dejaba de ser meritoria. Si ante la presencia de la multitud innumerable se hu-

erduan todavía la desdichada artillería china, cuyos proyectiles pasaban por encima de las cabezas é iban á perderse en los árboles, los fusiles de mecha y los fragmentos de flecha recogidos en el campo de batalla, armas infantiles de un pueblo que, habiéndolo descubierto todo en remota fecha, no había querido perfeccionar nada.

Dos días después, el general Montaubán, en un informe enviado al ministro de la Guerra, insistía mucho en el número de sus adversarios, que estimaba en cuarenta ó sesenta mil hombres, y añadía: «Todo esto es tan extraño, que para darse cuenta de nuestra victoria es preciso remontarse á un pasado muy lejano y recordar los triunfos constantes que unos puñados de soldados romanos obtenían sobre las hordas bárbaras (3).» Y tenía razón el general: todo aquello era tan extraño que sólo una cosa podía serlo más en lo sucesivo y era el espectáculo de «aquel puñado de hombres» plantando su bandera en las murallas de Pekín.

(1) Véase *Relation de l'expédition de Chine*, redactada en el depósito de la guerra.

(2) Franceses: 3 muertos, 18 heridos; ingleses: 2 muertos, 16 heridos (Doctor Chenu, *Spectateur militaire*, marzo de 1875).

(3) Informe del general Montaubán, de 24 de septiembre de 1860 (*Moniteur* de 29 de noviembre de 1860).